

CAPITULO IV.

Correspondencias notables á consecuencia de la Cuaresma en Dijon.—Cuaresma en la Roche.—Bellos ejemplos de adhesion á la Santa Sede.—Segundo Sínodo.—Nueva conferencia propuesta á los ministros de Ginebra.

(Años 1604 y 1605.)

De vuelta á Annecy Francisco no olvidó á sus amigos, como tampoco fué olvidado de ellos. Mientras predicaba en Dijon, los habitantes de Semur le habia pedido un servicio, á que daban la mayor importancia. Habia en su ciudad un priorato dependiente de la abadía de San Mauricio, en Valais, y deseaban que este beneficio se diera á los Padres Mínimos, á los cuales tenian grande estimacion; pero era necesario para eso el consentimiento del Abad de San Mauricio, y no sabian cómo obtenerlo. En esta dificultad se habian dirigido al santo predicador, que estaba siendo la admiracion de Dijon, y este les habia ofrecido con tanto mayor gusto su influjo, cuanto esperaba un gran bien para todo el país de la presencia de los religiosos Mínimos en el priorato. En efecto, así que llegó á Annecy, se apresuró á escribir al Abad de San Mauricio, y recibiendo una respuesta favorable, bien pronto, por su caritativo celo, Semur pudo gozar de las predicaciones y ejemplos de estos santos religiosos (1).

Todos los que contrajeron amistad con el santo Obispo durante su permanencia en Dijon, experimentaron igualmente, cuando reclamaron su asistencia, los efectos de su tierna caridad. La virtud purificando los afectos los hace mas vivos, y nadie ama tanto como los santos. Del número de estos amigos era el Señor de Crepy, presidente del Parlamento. Este venerable magistrado, al establecer

(1) Carlos Aug., p. 324.

alianza con el Obispo de Ginebra, no se habia propuesto otra cosa mas que los nobles y puros gozos de una celestial amistad; habia querido, sobre todo, proporcionarse á sí mismo y á su familia los consejos de un hombre tan experimentado y tan sabio. Con efecto, pronto se le presentó ocasion de recurrir á él para una de sus hijas, que se encontraba en una posicion de las mas difíciles. Nombrada abadesa de Puy d'Orce, en Borgoña (1), no encontraba mas que contradicciones en el gobierno de su comunidad, habiendo desaparecido la regularidad, y no sabiendo cómo establecerla de nuevo. A estas penas se unian otras personales, que no hacian menos amarga su existencia. El Señor de Crepy, que participaba de las aflicciones de su amada hija, escribió sobre esto al Obispo de Ginebra, el cual le contestó con una carta llena de encantos, en la que le da el dulce nombre de padre en atencion á su avanzada edad (2), y le dice el contento que experimenta en conservar siempre su amistad, ofreciéndose ayudar con sus consejos á la virtuosa abadesa.

Cumplió fielmente su palabra, y en ninguna parte se manifiesta tan notable por su sabiduría y conocimientos, como en las quince cartas que se conservan de él á esta religiosa (3). Se le vé allí, á pesar de la opresion *de un mundo de negocios*, que le agobiaban (si se nos permite usar su expresion), cuidar de esta alma recomendada á su celo, como si no hubiese tenido otra cosa de que ocuparse sino de ella sola. Empieza por darla una nocion exacta de

(1) La abadía de Puy d'Orbe fué fundada en 1125 por Reinaldo, señor de Monthard, y confirmada en 1129 por Tomás, Obispo de Langres. Reformada por San Francisco de Sales en 1608, fué vuelta á reformar en tiempo de Luis XIV en 1643, y sometida á la regla de Val de-Grace, en París. Ha tenido gran número de abadesas de las primeras familias del reino, que eran nombradas por el Rey. San Francisco de Sales iba allí cuando sus negocios le llevaban á las cercanías. Durante mucho tiempo se ha venido enseñando su púlpito, su confesonario, varios objetos que habian pertenecido á su uso, y el original de varias cartas suyas.

(2) Carta LIV.

(3) Cartas LIII, LV y LXI, etc.

la verdadera devocion, la cual, dice, consiste en abrazar con prontitud y afecto lo que agrada á Dios, haciéndolo todo en espíritu de suavidad y dulzura, pacífica y humildemente; recibiendo las penas sin dejarse embriagar por el placer; en huir el mal sin turbarse; y hacer el bien sin apresuramiento, pensando mas en el interior del alma que en el exterior de la accion. «Para llegar á esto, añade, es necesario purificarse de todo pecado, de todo afecto á lo que no sea el servicio de Dios, orar mucho diciendo bien el Oficio, haciendo bien la meditacion por la mañana, y fervorosas jaculatorias ó suspiros de amor durante el dia; es preciso leer algunos libros de piedad diariamente, y practicar algun acto particular de virtud; los primeros domingos del mes se debe meditar para qué fin estamos en el mundo, y ver si no tenemos en la tierra algun otro deseo que no sea Dios y la salvacion; y despues de la Comunión, debemos ofrecerle uno despues de otro, delante de Jesucristo sentado en el trono de nuestro corazón, todos nuestros sentidos y potencias, para recibir sus órdenes y prometerle fidelidad.»

A estos consejos, el piadoso director unió un reglamento en el cual, señalando á cada hora su ocupacion, asegura á cada deber su cumplimiento. En él prescribe acostarse antes de las diez y levantarse á las cinco; luego le trazó el orden de los ejercicios del dia, con un formulario de confesion adaptado á su estado; le marca tres cuartos de hora para la meditacion, enseñándole el método para hacerla é indicándole la materia sobre que ha de versar. «Esta será mas frecuentemente, le dice, la vida y muerte de Nuestro Señor;» y cuando medite las verdades eternas, como la muerte, el juicio, el infierno, concluirá siempre con la confianza, abrazando los pies del Crucifijo con esta aclamacion interior de esperanza: «O Jesus, Vos sois mi Salvador; vuestra sangre responderá por mí: confío en vuestras llagas; ellas me salvarán.» Y se retirará con el corazón lleno de confianza, bendiciendo y amando á Dios su Salvador.

Esta abadesa, habitualmente enferma, tenia en la pierna una llaga que la hacia sufrir mucho, y para la curacion de la cual los médicos no veian otro remedio que una dolorosa incision. Escuchemos cómo la consuela este tierno director (1). «Siento una viva compasion por vuestros sufrimientos, le escribe: aceptad mil veces al dia esa cruz como un rico presente, y besadla de todo corazón por amor del que os la envia. Decidle, como David: Me he callado, ¡oh Dios mio! porque vos habeis permitido el mal que sufro: *Obmutui et non aperui os meum, quoniam tu fecisti* (2). Si fuera otro quien me hubiera dado esta cruz, me quejaria y no la amaria; pero como me viene de vos, ¡oh Dios mio! la acepto, la bendigo y la reverencio, *quoniam tu fecisti*. Representaos á Jesucristo coronado de espinas, de tal suerte herido y lastimado, que se pueden contar todos sus huesos, y preguntaos quién sufre mas, él ó vos. Figuraos además que el hierro que abrirá vuestra pierna, es uno de los clavos que atravesaron sus piés; tomad una gota de la sangre que destila de sus llagas, y aplicadla con la meditacion sobre vuestro mal, uniendo á ella el nombre de Jesus, que es un aceite que sobre ella se derrama: *Oleum effusum nomen tuum* (3). Decís que en vuestros sufrimientos no podeis meditar; mas vale estar en la cruz que meditar en ella: repetid con frecuencia las oraciones jaculatorias, y mil veces al dia poned vuestro corazón en las manos de Dios, sufriendo por su amor y ofreciéndole vuestros sufrimientos. ¡Oh, cuán agradable le sereis en este estado! Sabed que mientras sufrís, os tengo en singular veneracion como á una criatura visitada de Dios, y honrada en la semejanza con Jesucristo; los ángeles mismos os tienen envidia, y quisieran, como vos, poder sufrir por Jesucristo. San Pablo no se gloriaba de

(1) Carta LXIV.

(2) Ps. XXXVIII, 10.

(3) Cánticos, I, 2.

»haber sido elevado al tercer cielo, sino de haber sufrido
»por su Maestro.»

Además de los sufrimientos corporales, la abadesa tenía esas penas interiores que á veces no son menos dolorosas; pero para ellas tampoco le faltaron los consejos del hombre de Dios, y no se puede menos de oírle con gusto decir: «Dejad al demonio llamar y gritar á la puerta de vuestro corazón, presentándole mil imágenes ó pensamientos importunos, pues no puede entrar sino por la puerta del consentimiento; tenedla siempre cerrada, y permaneced tranquila. Dejad que rujan las olas en derredor de vuestra barquilla, y no temais, porque Dios está allí. No os turbeis ni por las sequedades, que no ofenden á Dios y son la escuela de la humildad, ni por las imperfecciones en que caeis; sin admiraros de que un mal terreno produzca malas yerbas, levantaos dulcemente, arrojándoos con amor en el abismo de las misericordias divinas. Mantened así vuestro corazón siempre en paz, recibiendo las penas con resignación, porque las merecemos, y las alegrías con moderación, porque no las merecemos. Nada de vanas tristezas é inquietudes, pues hacer el bien alegremente es hacerlo dos veces. Entristecerse por los propios defectos, es unir á una falta otra nueva.» De estos consejos personales á la abadesa, el santo Obispo pasa al modo de reformar su monasterio, lo cual es aún mas admirable (1).

Se trataba de reducir á la disciplina regular á las jóvenes que no tenían nada del estado religioso, que salían al mundo cuando querían, y recibían en el interior de la casa á los que iban á verlas. Hé aquí las lecciones, obra maestra de sabiduría, que el hábil director da á la abadesa sobre este asunto. «Evitad con cuidado, le dice, dar la voz de alarma, haciendo creer que queréis reformas, pues se disgustarían de vos y todo se perdería. Tolerad en silencio lo que ha sido tolerado hasta ahora. Limitaos al prin-

(1) Carta LXV.

»cipio á ser dulce y amable con todas; á hacer honrar, estimar y desear la devoción por los encantos que ellas hallarán en vos; á mostrar con vuestra conducta y ejemplo lo que se debe hacer; á manifestar mas afecto á las que os imitan, sin dejar por eso de acoger bien á las demás, con el fin de ganarlas; y cuando con vuestro ejemplo y dulzura hayais atraído á todas á vivir bien, hareis pasar por reglas ó constituciones lo que hayan tenido costumbre de hacer. Así, para inclinarlas poco á poco á la obediencia, mandad al principio á las mas jóvenes cosas fáciles y agradables, diciéndoles dulcemente: Si os dijera que hiciérais tal cosa, ¿no la haríais de todo corazón por amor de Dios? y cuando hayan obedecido alabad su obediencia, prometiéndolas que Dios las recompensará. Procurad que haya en la casa muchos libros que hablen de esta virtud; hablad vos misma de ella; decid que os consideraríais muy feliz en ser mandada en todo, porque entonces no tendríais temor de faltar, y porque todas las acciones realzadas con el mérito de la obediencia son mucho mas agradables á Dios; y para probar lo convenida que estais de estas verdades, haced profesión de no hacer nada sino por consejo de vuestro director; se entienda en vuestra vida privada, porque en cuanto al gobierno de la casa, sería un mal grande si sospecharan os dejábais gobernar por él. Ved pues la manera de atraerlas á la obediencia.

»En cuanto á la pobreza, las inclinareis poco á poco, con dulces insinuaciones, á poner todo su dinero en un fondo comun, de donde una provisoría nombrada por vos, sacará lo necesario para la comunidad y para cada una en particular.

»Finalmente, en lo tocante á la clausura, guarda de la castidad (1), las atraereis tambien á ella, manifestándoles que nunca estais tan contenta como cuando estais con ellas solas; que os gusta mucho esté cada una en su casa;

(1) Cartas CL y CD.

«los mundanos en las tuyas y vos con vuestras hermanas; que siempre se pierden con las salidas; que al mundo no le gusta ver á las que lo han dejado; que encuentra importuna su presencia en medio de sus círculos, criticándolas y poniéndolas en ridículo, y mas tarde hareis pasar la clausura como constitucion.»

Como es fácil imaginar, á pesar de unas precauciones tan sábias, la abadesa encontró muchas dificultades en su piadosa empresa. Por eso el santo Obispo en las cartas siguientes, la exhorta siempre á no desalentarse. «Perseverad, la dice; antes morir que retroceder: es necesario tener un corazon grande y animoso; las grandes cosas no se hacen sino á fuerza de tiempo y de paciencia; lo que crece en un día muere al siguiente. Nuestro Señor empleó tres años en formar á sus apóstoles, y aún eran muy imperfectos cuando murió. Trabajad suavemente, pero con valor y confianza, mostrando á todas un corazon de madre bondadosa que olvida las faltas, y haciendo amable la obediencia con el modo de mandar. Cuando encontreis contradicciones no procureis vencerlas de frente, sino ceded y esperad dulcemente; no manifesteis deseo de vencer, sino escusad á la una con su falta de salud, á la otra con su edad, y no digais nunca que es desobediencia. Soportad á las débiles é imperfectas con espíritu de caridad, sin mostrarles nunca un rostro melancólico ó descontento. Para esto, aplicaos mas y mas á la humildad, pues la humildad hace nuestros corazones dulces con los perfectos y con los imperfectos; con los primeros por respeto, y con los segundos por compasion. La humildad hace recibir las penas dulcemente, sabiendo que las merecemos, y los bienes con reconocimiento, conociendo que no los merecemos.»

La abadesa de Puy d'Orbe no fué la única de su familia con quien el santo Obispo sostuvo correspondencia. Tenia una hermana casada con el Señor de Brulard, presidente del parlamento de Dijon, y es interesante ver con que sabiduría el santo director sabia dirigir á una persona

del mundo como á una humilde religiosa, justificando lo que habia dicho de sí mismo: «No soy un hombre estrechado; me presto con gusto á ordenar lo que es susceptible de ser ordenado, cuando las circunstancias así lo exigen.» En las cartas que dirige á esta Señora, «le recuerda á menudo el principio, que ante todo debe regular la devocion, y es la observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y de todos los deberes del estado en que se está colocado, sustituyendo á la propia voluntad, con la que no se debe contar, el beneplácito divino que solo se debe amar sobre todas las cosas, ejecutándolo alegre y resueltamente, con facilidad y alegría de corazon. Si queremos ser santos segun nuestra voluntad, no lo seremos nunca; es necesario serlo como Dios quiere, doblegarse graciosamente á las exigencias de la posicion, sin apegarnos á las prácticas y medios de perfeccion que nos agradan mas, y sin querer salir de nuestro estado; porque cada abeja debe hacer la miel en su colmena y con las flores que la rodean. No creais haber hecho mucho por Dios mientras vuestra voluntad no esté alegremente sumisa á la suya, en todo y por todo, y aun en las cosas que mas os repugnen.»

A este primer principio une otro segundo, y es la necesidad de hacer á toda costa la devocion amable para todos, obligándolos á honrarla y á hablar bien de ella. «Que nuestra devocion, la dice (1), no sea enojosa, desagradable, ni rigida con nadie; condescended por caridad con la voluntad del prójimo en todo lo que no es contrario á la ley de Dios. No dediqueis á la Iglesia ó á las buenas obras mas tiempo que el que podeis dar, sin descuidar los cuidados de vuestra casa, ni dar que murmurar á vuestro marido y á vuestros criados, privándoos hasta de la Comunión, cuando no la podais hacer sin disgustarlos. Que, en fin, todo el mundo encuentre vuestra devocion amable: los enfermos y los pobres, porque los

(1) Carta LXXVI.

»asistís; vuestra familia, porque os consagrais mas á
 »todo lo que puede hacer su felicidad, porque sois mas
 »dulce en vuestras palabras y mas amable en vuestro
 »trato; vuestro marido, porque sois mas afectuosa y aten-
 »ta en agradarle; vuestros parientes y amigos, porque
 »sois mas atenta y afable.»

El Obispo de Ginebra no ignoraba cuán necesario era renunciarse y sufrir para ser constante y fiel á estos sabios consejos, y así se lo previene á la presidenta. «El padre y el marido, le dice, querrán ser los amos, serán celosos de su autoridad. Es preciso sufrirlos y rendirse cuanto sea posible á su voluntad, sin faltar por eso á vuestros buenos propósitos. Dejad si es preciso á Nuestro Señor con el fin de complacerlos por su amor, pues debemos servir á Dios en nuestro estado y no fuera de él, y abrazar las cruces de este estado con dulzura y resignacion, acordándonos que los santos y los mártires han suplido mil veces mas que nosotros. Mortificaos alegremente, pues cuanto mas os impidan hacer el bien que deseais, con mas ardor debeis hacer el bien; que es decir, sufrir y resignaros. Cuanto menos vivais á vuestro gusto, vuestra devocion será mas sólida. En todas partes hay cruces, y es preciso que cada uno llevé la suya no dejándose arrastrar del deseo de cambiar de posicion, sino perfeccionándose en su estado y no ansiando otro que no se puede alcanzar.»

Para llevar estas cruces, la naturaleza sin duda tiene necesidad de ser sostenida por la gracia, y por eso el santo prelado recomienda á la presidenta la confesion cada ocho dias; la Comunión segun el parecer de su confesor; una media hora de meditacion cada mañana y otra de lectura espiritual por la tarde; y muchas oraciones jaculatorias durante el dia, aun en medio de las reuniones, para adorar á Dios en su corazon y unirse á su santísima voluntad con grande amor, que es el que da mérito á todas las acciones.

Tales eran los sabios consejos con que Francisco de Sales dirigia y formaba en la sólida piedad á las dos hijas

del presidente Bourgeois de Crepy. El Arzobispo de Bourges, por su parte, quiso aprovecharse de las luces de su santo amigo para dirigirse en otra clase de deberes, á saber, la obligacion de anunciar la palabra de Dios, y le rogó le trazara las reglas para hacerlo. El Obispo de Ginebra, que no sabia rehusar nada á la amistad, respondió á este deseo del Arzobispo con una larga carta, que podria llamarse un tratado abreviado, pero sustancial, de la predicacion (1). En esta obra notable, empieza por establecer la obligacion de predicar impuesta á los Obispos, deber mas estricto aún para ellos que para los demás predicadores. «Porque, dice, por caudalosos que sean los arroyos, se tiene mas gusto en beber en la fuente.»

Tratando luego de las cualidades del predicador, sienta como principio que debe tomar asuntos adaptados á su capacidad, edificar á los fieles con la santidad y gravedad de su conducta, no buscar en sus discursos mas que la santificacion de sus oyentes, y ese cambio perfecto del corazon que hace decir al salir del sermon, no: «¡Ah, qué buen orador es! ¡Qué bien habla!» sino: «¡Oh, cuán necesaria es la penitencia! ¡Oh Dios mio, cuán bueno y cuán justo sois!»

Luego, despues de haber recomendado brevemente el instruir y mover, el autor espone el partido que se puede sacar de las divinas Escrituras, de los Santos Padres, de las historias sagradas, del espectáculo del universo y de las comparaciones y símiles. Despues esplica el modo de tratar los misterios, de comentar la sagrada Escritura, de componer las homilías, de hacer el panegírico de los santos; desenvuelve el órden que se debe guardar en las pruebas, los medios para llenar todos los puntos del sermon, las cualidades de la accion y del estilo; y despues de haber tratado todos estos asuntos con una gracia perfecta y una gran sutileza de observacion, termina escitando al Arzobispo sea fiel al gran deber de la predicacion. Allí es don-

(1) Carta LXII.